



Trabajo e imaginación en las familias de la periferia de Maputo

Este texto se basa en investigaciones realizadas en el ámbito de dos proyectos desarrollados entre los años 1998 y 2003 sobre las familias residentes en los barrios de Mafalala, Polana Caniço A y Hulene B en la periferia de Maputo.¹ Estos barrios forman parte del conjunto de los 66 barrios «*de caniço*» de la periferia de Maputo. La mayoría de estos barrios no sufrió ningún proceso significativo de urbanización planificado, los servicios de apoyo social son escasos, las calles asfaltadas son raras, el saneamiento básico prácticamente es inexistente y la mayor parte de las viviendas no posee agua canalizada ni energía eléctrica. En este contexto social y espacial, caracterizado por una precariedad de infraestructuras urbanas y de servicios sociales, con elevados índices de «pobreza»² y desempleo formal, las investigaciones se centraron en las familias mayoritariamente originarias de las regiones rurales del sur de Mozambique.³

Comprender las condiciones de vida de las familias «pobres» en el África subsahariana ha sido el objetivo de los numerosos estudios que se desarrollaron en la década de 90.⁴ Sin embargo, en su gran mayoría, esos estudios, a pesar de que subrayan la importancia de la articulación de las fuentes de los ingresos en la supervivencia de las familias,⁵ no profundizan sobre los procesos internos a través de los cuales se realiza esa articulación. Este artículo, sin descuidar la importancia del contexto social y económico en que estas familias se insertan, analiza las dinámicas intrafamiliares, considerando esta reflexión como esencial en la comprensión de los procesos subyacentes al desarrollo de actividades generadoras de ingresos y o/productos de los diferentes miembros de las familias.

La importancia de esta perspectiva analítica se justifica por las características de las estrategias económicas en estudio: la dispersión de los miembros de la familia por diferentes sectores de la economía y, a veces, por diferentes áreas geográficas, y

la articulación de los recursos. Sólo analizando las dinámicas internas de las familias y las relaciones que se desarrollan entre sus miembros, podremos comprender cómo este proceso se organiza y es gestionado.

La necesidad de ampliar el ámbito del análisis deriva igualmente de la constatación de la íntima relación existente entre la supervivencia y la reproducción social. Las actividades que los miembros de las familias desarrollan en su vida cotidiana y que tienen como objetivo garantizar su subsistencia física, social y cultural, no se pueden disociar de las estrategias que buscan el mantenimiento, la renovación y la transmisión de los diferentes tipos de capital –económico, simbólico y social– entre las diferentes generaciones (Bourdieu [1994] 2001: 99).

Partiendo de esta perspectiva analítica, este artículo busca comprender cómo se procesan los niveles de articulación y de coordinación en el interior de las familias que posibilitan el desarrollo de estrategias económicas, entendiendo estas como el conjunto articulado de prácticas a través de las cuales los miembros de las familias obtienen ingresos y o/productos.

■ **Los ojos del negocio**

Ante una situación de aumento de la población, pobreza generalizada y escasez de empleo, ¿cómo sobreviven las familias de la periferia de Maputo? Para responder a la cuestión es necesario retroceder en el tiempo y hacer una breve referencia a la evolución del llamado sector «informal»⁶ de la economía –en este sector se insertan gran parte de las actividades económicas desarrolladas por las familias– desde el periodo dominado por las políticas económicas socialistas hasta los últimos años del siglo XX, momento en que se aplicaron unas políticas económicas liberalizadas. Este retroceso temporal permite contextualizar el análisis dentro de un proceso marcado por sucesivos cambios de marco económico que generaron respuestas diferentes por parte de la población. Las estrategias económicas que las familias desarrollan ahora son el resultado de un «saber» adquirido y de una experiencia que influye y explica las opciones que toman y que condicionan su futuro.

Hasta mediados de los años 80, el sector «informal» en Maputo era relativamente incipiente. Conocido como «mercado paralelo» o «candonga», «funcionaba» de diversas formas. Por ejemplo: los artículos que el gobierno colocaba a precios subsidiados eran adquiridos o desviados y acaparados por la población que los comercializaba a precios muy superiores. También mediante contrabando se introducían en la ciudad productos de los países vecinos. Igualmente, la población adquiría productos producidos localmente para consumir y o/revender.

A partir de mediados de los años 80, con la introducción del Programa de Rehabilitación Económica (PRE) y la aplicación de una «economía de mercado», el comercio informal se desarrolló exponencialmente. La población de Maputo, alcanzada por una crisis de desempleo y la reducción de los salarios reales a causa de las reformas económicas, busca, de esta forma, fuentes de rendimiento alternativas. El rápido crecimiento del sector informal se explica, por lo menos parcialmente, por las medidas económicas y financieras que el PRE impuso y que generaron desempleo, impuestos más elevados al comercio formal y un aumento de las tasas aduaneras para los productos importados. La respuesta de la población incluyó, entre otras estrategias, las siguientes: el desarrollo de formas de recaudación de ingresos complementarios a los salarios –corrupción, sobornos, desvíos de productos–; el desarrollo de actividades ilícitas –robos, por ejemplo–; la creación de formas alternativas de desvío de productos –comercio informal, vulgarmente llamado «dumba-nengues» –; y el desarrollo de un sistema de mercado que Carlos Lopes designa como «intermediación comercial en cascada» (cf. Lopes y otros 2002a) y una intensificación creciente de aquello que en lengua inglesa es designado como *bargain* (Trefon 2002: 6).⁷ Las formas de pago envueltas en este tipo de transacciones son múltiples, no exclusivas –dinero, servicios, bienes, cambios de favores...– y pueden durar tiempo. Dependen de aquello que entra en transacción, los agentes envueltos en el proceso y las relaciones entre estos.

En esta época se produce el gran desarrollo de los mercados informales callejeros, los «dumba-nengues». Desde el inicio de los años 90 y el final del siglo, este cuadro sufrió algunas alteraciones. Algunos de los «dumba-nengues» desaparecieron, y surgieron otros en zonas menos céntricas, y disminuyó la profusión de vendedores callejeros en el centro de la ciudad. Se produjo una mayor especialización en los mercados –formales e informales–, en que los diferentes productos se agrupan por zonas distinguidas, y ciertas actividades se desarrollan mucho –todas las relacionadas con la construcción civil– mientras otras disminuyen.

De la misma forma, la imaginación de los «agentes económicos» se desarrolló a medida que se acumulaba experiencia. Esta «imaginación», caracterizada por una gran versatilidad, acompaña oportunidades de negocio momentáneas, presupone múltiples articulaciones y el desarrollo del sistema de *bargain*. En este proceso, las relaciones sociales y/o económicas entre los actores –su capital social– son un recurso y simultáneamente un medio a través del cual se captan otros recursos. Por eso, para comprender las estrategias económicas desarrolladas por las familias en la periferia de Maputo es necesario tener en consideración todos los recursos y relaciones sociales que pueden ser movilizados, así como las diferentes formas posibles de acceso a esos recursos y el desarrollo de esas relaciones. Nada de esto es ilimitado, pero dichos recursos y relaciones presuponen dinámicas complejas y la inclusión de múltiples elementos, y combinaciones de elementos, que los análisis eco-

nómicos convencionales no consideran y que muchas veces desafían las capacidades del más creativo de los investigadores.

La posesión de ciertos bienes y conocimientos puede ser rentabilizada, así como el acceso a lugares, sectores o personas. Las formas de obtener rentabilidad dependen de las relaciones sociales preexistentes entre las partes o las relaciones que los actores sociales quieran, o no, implementar. Son estas relaciones sociales que muchas veces determinan el «valor» de la transacción, las formas y los tiempos de pago. Bienes y servicios, conocimientos y posiciones de poder tienen «precios» variables en función, bien de las relaciones existentes entre las partes envueltas en el «negocio», bien de los «intereses» respectivos en aquello que está siendo transaccionado o que puede ser transaccionado en un futuro próximo.

Resumiendo, el análisis de las estrategias económicas de las familias en la periferia de Maputo tiene que tener en cuenta todos los recursos comerciables, los diferentes tipos de relaciones sociales envueltas en esas transacciones, las diferentes formas posibles de trabajo –empleo formal, trabajo informal, trabajo impagado y producción de subsistencia–, los recursos relacionados con el llamado «capital humano» –salud, educación y capacidades–, la estructura familiar en que se insertan los actores y su grado de cohesión, el patrimonio –entendiendo este término en el sentido más amplio posible– que tienen y las redes sociales a que pertenecen.⁸

■ Estrategias económicas de las familias

Comprender los procesos a través de los cuales las familias de la periferia de Maputo consiguen garantizar su subsistencia no constituye una tarea simple. Los mecanismos a través de los que se desarrollan estas estrategias son complejos y los actores sociales tienen sus «estrategias» frente a quien les cuestiona sobre este asunto. Muchas veces, responden con evasivas a preguntas relacionadas con la procedencia y gestión interna de los ingresos. A veces, consideran ventajoso presentar una situación más «miserable» que la que tienen en realidad. Algunas de las fuentes generadoras de ingresos directos o indirectos no son consideradas por los propios como tales porque son ilegales o socialmente condenables, y no las revelan. Por último, los imponderables constituyen la norma y las personas muchas veces no saben, ni pueden saber, cuáles son los rendimientos que obtienen y cuál la contribución de cada uno de los miembros al presupuesto familiar. Todo depende de varios factores: llega el hermano de Sudáfrica o no, llueve o no, se vende o no. Es imposible hacer cuentas o previsiones en un contexto donde prácticamente todo es imprevisible.

En el ámbito de las investigaciones realizadas se verificó que sólo cerca del 10% de los miembros de las familias declararon que vivían exclusivamente de ingresos

procedentes del trabajo en el llamado sector formal de la economía urbana. Los restantes miembros de las familias que desarrollaban actividades generadoras de ingresos se encuadraban en el sector informal o la clasificación de estas no era clara –cocineros, conductores, guardas, empleados domésticos–. Muchas de las familias tenían miembros emigrados a Sudáfrica (el 30,4% de las familias en Mafalala; el 11%, en Polana Caniço A, y el 50% en Hulene B) que enviaban dinero para ayudar a la familia que vivía en los barrios y o/cuando venían de visita traían «regalos».

Del análisis de los datos resalta la importancia de la pluriactividad y complementariedad de las actividades económicas desarrolladas por la familia para la supervivencia de esta unidad social. En prácticamente todas las familias existen varias personas que trabajan en actividades generadoras de ingresos o de productos. Gran parte de estas actividades se realiza de modo «informal» y o/se destina al autoconsumo, como es el caso de la producción agrícola en las *machambas* explotadas directamente por miembros de la familia residentes en la ciudad o por otros familiares que residen en el campo (el 39% de las familias en Mafalala; el 61% en Polana Caniço A, y el 50% en Hulene B).

Muchas familias tienen puestos de venta de los más variados productos a la puerta de casa o venden en otros locales: mercados del barrio, pequeños «bares» en casa, en la carretera. Muchos miembros de las familias desarrollan otros tipos de actividades generadoras de ingresos en casa: son curanderos, tienen pequeños talleres, confeccionan comida para vender.

La actividad agrícola tiene una importancia significativa en este estudio,⁹ y esa importancia no es sólo económica, sino también simbólica, por el valor atribuido a la tierra «de origen», que funciona como uno de los elementos de cohesión e identidad del grupo familiar. Las familias obtienen muchos productos agrícolas a través de trabajo directo o a cambio de bienes de la «ciudad». En este último caso, existe una enorme variedad de situaciones, que van de los cambios regulares y frecuentes –y en este caso constituyen una importante fuente de sostén e implican «trabajo» (organización de los viajes, adquisición de los «obsequios» que se quieren llevar) e «inversión» por parte de quien las realiza– hasta los cambios esporádicos y simbólicos que se realizan sólo cuando, por cualquier razón extraeconómica, se visita a los parientes del campo o estos se desplazan a Maputo.

Las familias desarrollan diversos procesos con la finalidad de obtener una producción agrícola. En algunos casos, las familias poseen terrenos en la periferia de la ciudad –muchas veces de adquisición reciente– y algunos de los miembros, en su mayoría mujeres, se desplazan diariamente al lugar para trabajar. En otros casos, estos se sitúan más lejos de la ciudad, un hecho que obliga a desplazamientos que implican estancias más o menos prolongadas en la *machamba*. Cuando estas *ma-*

chambas se localizan en la tierra «de origen», su cultivo está, en la mayor parte de los casos, a cargo de parientes próximos que residen allí –la primera o segunda esposa, padres, tíos, hermanos–. Existen casos en que la familia usufructúa de productos agrícolas provenientes de dos *machambas*. Por ejemplo, la *machamba* que se sitúa en la tierra «de origen» y la *machamba* de otra región explotada por otros miembros de la familia. Estas diferentes situaciones obligan a que exista una dispersión espacial de la familia. Hay miembros de la familia que residen de forma permanente en el barrio; otros miembros residen en la región donde se sitúa la *machamba*, y otros, que son «itinerantes» y pasan una parte de su tiempo en el barrio y otra parte en el campo.

■ **Gestión doméstica**

Antes de iniciar esta parte, es importante destacar que los ingresos o productos resultantes de las actividades económicas pueden ser imprevisibles y, en la mayoría de los casos, no están garantizados a priori. Muchas de esas actividades implican «negocios», un conocimiento de la «búsqueda» y una capacidad de anticipación e imaginación que garantice, frente a la «competencia», un mínimo de posibilidades de éxito. Otras actividades dependen de las relaciones sociales, de conocimientos, de intercambios de favores, en que está presente el sistema de *bargain*. Otras actividades, como la producción agrícola, dependen del clima y se basan en conocimientos ancestrales que incluyen la conciencia del riesgo y de la inseguridad.¹⁰ En consecuencia, la imprevisibilidad y la inseguridad que caracterizan el contexto urbano no constituye una innovación. Por el contrario, en la ciudad existe la posibilidad de «jugar» en varios frentes, con un aumento potencial del abanico de oportunidades.

Sin embargo, las potencialidades sólo se concretan en la conjugación de diferentes actividades y el desarrollo simultáneo de las relaciones sociales que estas presuponen. Por su parte, en las relaciones sociales que desarrollan, los actores expresan comportamientos y valores que, en función de diferentes circunstancias e intereses, pueden ser esencialmente contradictorios entre sí. Así pues, son estas múltiples articulaciones e interrelaciones entre diferentes actividades generadoras de ingresos o productos, diferentes tipos y niveles de relaciones sociales y diferentes comportamientos regidos por valores a las veces contradictorios que constituyen las características fundamentales del contexto en análisis.

La conjugación de estas actitudes, aparentemente dispares pero interdependientes, genera en los actores contradicciones que son visibles cuando se comparan diferentes discursos en que están patentes representaciones de ideales normativos de distinguidos modelos culturales de referencia –muchas veces en contradicción con

las prácticas de los actores que los enuncian—. Las contradicciones también son visibles cuando se analiza la gestión y la coordinación de las actividades generadoras de ingresos y productos que se procesan en el interior de las familias.

De la misma forma, este proceso de pluralidad y cambio normativo en el que se articulan diferentes códigos culturales y prácticas innovadoras no se desarrolla siempre con éxito y tiene a veces consecuencias trágicas (aislamiento, locura). Pero este «juego» también se puede repetir en un proceso circular, dando origen a grupos «de interés» efímeros y, por consecuencia, a una mayor inseguridad. Es, tal vez, la conciencia de eso, pero refiriéndose a otro asunto, que lleva a un informante a decir lo siguiente: «Nunca pensé en cambiar, pero la cuestión no es gustar del sitio; cuando uno está en el sitio encuentra el sitio más seguro y más ideal para todo, porque si cambia, es como iniciar una nueva vida. Hay personas que hacen cambios y negocios con solares pero si se habitúan a este tipo de negocios corren el riesgo de no quedarse en ningún sitio, porque la tendencia es siempre cambiar y se queda sin ningún lugar; por eso yo nunca gusté.»

En las restantes páginas de este artículo se analizan dos familias de composición y estructura diferentes. La reflexión incidirá sobre las actividades generadoras de ingresos y productos realizados por sus miembros. A partir de ahí, se busca comprender las diferentes formas de gestión y coordinación existentes y las relaciones de poder.

■ La familia de Josué

La familia de Josué es polígama: él tiene tres mujeres. Josué habita en una casa de mampostería con tres dormitorios —uno para cada mujer—, un comedor y dos anexos exteriores. En uno de los anexos hay un habitación —donde duermen los doce niños y la abuela— y el baño —con fosa—, y en el otro anexo hay dos divisiones semiacabadas, donde se cocina. Tienen electricidad, frigorífico, dos televisiones, vídeo, teléfono fijo, móviles y aparatos de música. En esta casa residen de forma permanente y teóricamente diecisiete personas: cinco adultos y doce niños de hasta 17 años —uno de los niños es sobrina de Josué—. Existe, sin embargo, una circulación permanente de otras personas: las mujeres van a la *machamba* por temporadas, los sobrinos vienen de Sudáfrica, las sobrinas, cuñadas, hermanas llegan y parten. Durante la investigación fue posible contactar con incontables familiares residentes en otras casas y muchas veces había hijos ausentes que habían ido a la casa de otros miembros de la familia. La «logística» de esta circulación en relación al espacio —donde dormían— y las comidas se organiza, según dijeron, de la siguiente forma: «Depende, a veces si vienen mi hermana y mi cuñado, liberamos un cuarto, y si es un niño, duerme con los niños, y si es un muchacho mayor, las niñas salen y él duerme sólo con los chicos» (Josué). «Si quiero, como aquí [en casa de Josué]; hay siempre comida, no ne-

cesito avisar, nosotros no tenemos esa tradición. Nosotros somos machanganas, no cocinamos poca comida, nosotros contamos con cualquier persona, y si no llega, comemos menos y bebemos té o vemos la televisión» (sobrina de Josué).

Los diferentes miembros de la familia tienen una cierta autonomía en esta circulación: la hija mayor va por temporadas a la casa de las primas, las mujeres se quedan más o menos tiempo en la *machamba* y se desplazan con frecuencia a las casas de otros familiares, las hermanas de estas aparecen y permanecen para ayudarlas o las sustituyen en las tareas domésticas. Este vaivén constante genera algunos conflictos y confusiones que contradicen los discursos sobre un «ideal» jerárquico y organizacional al nivel de las relaciones de poder y distribución de tareas que, en la práctica, no siempre se verifica.

Los ingresos monetarios en esta casa son esencialmente obtenidos a través del trabajo de Josué, que es conductor. Josué tiene su propio automóvil, que rentabiliza de diversas formas: «Trabajo en una empresa [...]. Sólo cuando ellos tienen trabajo es cuando me solicitan. Cuando ellos no tienen ninguna misión, yo me quedo en casa [...]. No hay ninguna cosa suscrita [contrato]. [...] [gana] tabla fija, por día, se marca 50.000 [meticaís]. Es a partir de las 8 horas hasta a las 17.30. [Además de la empresa] tengo contrato con personas particulares [...], a través de los amigos, telefonéan para acompañarles allí, allá [...], sólo que son pocos [...], estos últimos meses [...], este mes ya tuve no sé cuántos contactos.»

Además de este trabajo, también destaca que trabaja de mecánico: «Sólo que cobro muy barato, porque no soy mecánico [...]. Es una forma de ayudar a la persona para no que no se quede colgada».

El dinero que gana, según afirmó, es irregular e insuficiente para sostener a su familia, por eso el presupuesto familiar es completado con otras actividades. La más importante es la producción agrícola. En una primera fase, los terrenos agrícolas (la *machamba*) se situaban en la tierra de origen y eran cultivados por sus mujeres: «Íbamos por dos, tres meses, y volvíamos. Hacíamos escala para que una se quedara con los niños en Maputo». A partir de 1998, a través de su hermana mayor, Josué supo que había la posibilidad de adquirir tierras de cultivo cerca de Boane.

La *machamba* de 12 hectáreas que posee cerca de Boane está exclusivamente cultivada por sus tres mujeres. Él y sus hijos no participan en ese trabajo. Una de sus mujeres comentó: «Al señor Josué no le gusta ir a la *machamba*; cuando va allá, sólo se queda en casa y no se mete en los trabajos.» Otra añadió que era «importante que las hijas fueran a la *machamba* a aprender, pero el padre las encuentra muy jóvenes y quiere que vayan a la escuela.» En relación a la hija mayor –de 17 años– que dejó de estudiar, señala una de las mujeres de Josué: «El padre no acepta

que ella vaya a la *machamba* [...], quiere a los niños en casa, sino comienzan a quedarse enfermos allí. Fueron una vez a la *machamba* con ella [la hija mayor] y ella cuando volvió se quedó casi dos meses en cama con malaria; el padre dice que no vale la pena que Clara vaya a la *machamba*.»

Los productos de la *machamba* –maíz, mandioca, batata y otros– se destinan exclusivamente al consumo doméstico – por lo menos así fue mencionado– y son «muy importantes, pero no todos los años la cosecha es buena y entonces tenemos que comprar». Las mujeres tienen la exclusiva responsabilidad de la gestión y organización del trabajo en la *machamba*. Estas dijeron que hacían «escalas»: dos van a la *machamba* y la otra se queda en casa a cuidar de los niños. Esta organización, por lo menos durante el tiempo de la investigación de campo, era más «ideal» que «práctica», pues nunca las «escalas» se hicieron de acuerdo con las previsiones. En relación a las decisiones de cultivo de productos, señaló una de ellas: «Nadie decide lo que cultivar, quien tiene plantas de cacahuete, mandioca, las trae y plantamos.»

La *machamba* se sitúa relativamente lejos de la ciudad y cuando van a cultivar duermen en una palhota que construyeron. Esta situación no parece disgustarles y les da un cierto tiempo libre de los incontables niños y de los trabajos domésticos que tienen que gestionar. A propósito de estas estancias, una de las mujeres relató lo siguiente: «Un día, estábamos las tres en la *machamba* y el señor Josué apareció allá para decir que no aguantaba más a los niños y que una de nosotras tenía que volver a la casa, pero nos negamos y él salió de allá enfurruñado. Al día siguiente fue allá otra vez y dijo: ‘una de vosotros tiene que volver.’ Dijo que si no lo hacíamos, ya había preparado las cosas de los niños para traerlos a la *machamba*. [...]. Gustamos mucho de estar allí, conversamos mucho y trabajamos juntas.»

Josué destacó que los ingresos que obtenía como conductor y mecánico, más los productos de la *machamba*, eran insuficientes para cubrir los gastos de la casa. Debido a este hecho, a veces reinvertía parte del dinero en la compraventa de cabritos que criaba en casa y revendía. Durante poco tiempo –tres meses–, las mujeres organizaron un «bar» en casa donde vendían bebidas tradicionales preparadas por ellas. Este negocio acabó, según dijo Josué, porque «había mucha confusión, yo no podía descansar, acabé por cancelar, los que venían, a veces robaban». Cuando fue preguntado sobre los eventuales «negocios» que sus mujeres pudieran hacer, respondió: «Todo lo que trae ingreso es bienvenido, pero si yo autorizara a una a vender acababa por tener problemas; entonces no autoricé nadie a hacer lo contrario de las otras, porque eso trae problemas.»

Los problemas a los que se refiere pueden estar relacionados con una cierta autonomía financiera –y de poder– que las mujeres podrían conquistar si vendieran en

el mercado, desequilibrando la relación jerárquica familiar de cariz «tradicional» que parece existir en esta familia, en que el hombre es el único adulto que gana dinero. La hija mayor «hace dinero al *trançar*, es de ella, pero a veces da un poco a la madre». Esta situación le garantiza, simultáneamente, poder sobre las mujeres que económicamente dependen de él y atenúa los riesgos de conflicto resultantes de las diferencias económicas que existirían entre ellas si estas se dedicaran a actividades generadoras de rendimientos monetarios. Así, Josué intenta mantener los conflictos existentes dentro de este matrimonio polígamo –entre las mujeres y entre cada una de estas y el hombre– dentro de ciertos límites y evitar situaciones de ruptura.¹¹ Las alternativas de supervivencia para estas mujeres fuera de este matrimonio son posibles, pero implicarían el desarrollo de nuevas estrategias de supervivencia y de otras relaciones sociales o familiares, un proceso que es difícil y que tiene elevados costes materiales, sociales y afectivos: los hijos, en principio, se quedarían con el padre y les sería impedido el acceso a la *machamba*.

La situación de poligamia en que viven no es de su agrado, pues dijeron que preferirían tener un marido sólo para ellas, pero se consideran con suerte porque es un buen marido, trabaja y no bebe. Las esposas de Josué no siempre viven en coresidencia. En medios urbanos –en Maputo u otras ciudades del África subsahariana–, la poligamia no implica necesariamente la coresidencia de las diferentes esposas (cf. Loforte 1996, Hasseling y Lauras-Locoh 1997). Esta coresidencia tiene un significado diferente en el medio rural, ya que cada una de las mujeres posee su *palhota* y no tiene que dividir el espacio físico de la vivienda con las otras (cf. Junod ([1912-13] 1996: 287). En la ciudad, la exigüidad de la mayor parte de los solares se asocia a un modelo «moderno» de construcción que tiende a concentrar, cada vez más, bajo el mismo techo, las diversas «divisiones». Este modelo «moderno» es visible en las casas más recientes y aparentemente más «ricas» y se contrapone a otro modelo en que las diferentes divisiones se distribuyen por el solar de forma independiente.

El modelo «moderno» y «urbano» de concentración espacial, unido al hecho de muchas casas tienen pocas habitaciones, hace aún más problemática la poligamia. Y, eventualmente, la tendencia a la dispersión residencial de las diferentes esposas en el medio urbano se explica más por esta última razón que por una autonomía femenina previamente conquistada. Esta dispersión espacial puede ser un primer paso en la conquista de otras formas de independencia y, por todas estas razones, la tercera mujer de Josué destaca: «Si pudiese escoger, prefería que cada una de nosotras tuviera su casa.»

En esta familia concreta, por lo menos al nivel de los discursos, el papel «tradicional» de la mujer tsonga no es cuestionado, de la misma forma que no es cuestionado el poder del hombre, no sólo frente a sus mujeres y a sus hijos, sino también frente a su madre, hermanas y sobrinos(as). Los ingresos monetarios que esta familia

obtiene proceden de las actividades que hace el hombre. Según relataron, él decide la cantidad para los gastos domésticos, siendo este montante gestionado por las mujeres.¹² Esta situación confiere a Josué un poder visible, y él interfiere en todos los asuntos, inclusive en áreas que, según mencionaron, no son consideradas masculinas, como, por ejemplo, la decoración de la casa.

El proceso de gestión y distribución de los ingresos monetarios por los diferentes elementos de la familia y gastos fue descrito de la siguiente forma por la primera mujer: «El dinero que tengo es el que el señor Josué da. Da todos los días para el mercado, deja en la mesa y quien va a las compras lleva. Cuando tiene más dinero nos da para que gastemos. Si necesitamos de alguna cosa [ropa, etc.] le pedimos, pero no pedimos todas al mismo tiempo, ni todos los meses. Una parte del dinero se queda con él y una parte nos da y sirve también para los gastos de los niños.»

Entre las mujeres hay una relación jerárquica, por lo menos formal, y la primera mujer ejerce su autoridad sobre las otras. Dice la tercera mujer: «Obedezco a Gabriela porque obedeciendo a ella estoy obedeciendo al señor Josué. Ella es mayor, es la primera esposa. [...] No ocurre que nos mande hacer cosas; como todas ya tenemos hijos, los niños hacen las cosas y trabajan en casa.»

De hecho, como se observó, los niños –las hijas, sobrinas y cuñadas de Josué– realizan la mayor parte de las tareas domésticas, sobre todo las niñas, que cargan agua, bañan y visten a los hermanos más pequeños, muelen cereales, cocinan o barren. Las únicas actividades domésticas que, durante el trabajo de campo, se observó que eran ejecutadas por las mujeres de Josué fueron cocinar, servir las comidas e ir a comprar. Otro personaje femenino con, eventualmente, algún poder en la esfera doméstica es la madre de Josué (80 años). Sin embargo, no se verificó ningún acto de manifestación de ese poder. Esta mujer indicó, a propósito de este asunto: «Mi tiempo ya acabó, yo mandé y era jefe allá en la casa de mi marido que después [cuando enviudó] era mía; aquí no tengo nada a ver, es la casa de mi hijo, él es quien manda y las esposas, yo sólo estoy aquí a ser servida. Pero me respetan y me tratan muy bien.»

Josué es un «hombre de mundo»: circula en su automóvil por el centro de Maputo, tiene clientes importantes –por ejemplo, misiones de la cooperación portuguesa–, contactos y conocimientos diversos. Posee una cuenta bancaria, tarjeta de crédito y móviles. Proyecta el futuro de los hijos invirtiendo substancialmente en su educación escolar: todos los niños frecuentan la escuela, con excepción de una sobrina y de la hija mayor.¹³ Tiene una actitud ambigua en relación a la planificación familiar, pues cuando fue cuestionado sobre el número de hijos que tenía dijo que el último –hijo de la primera mujer y bebé de meses– no había sido planeado y que ya había avisado a las mujeres que ya no quería más, pero que los niños eran «suer-

te». Hace algunas inversiones en su bienestar y en el de su familia, y durante el trabajo de campo habló de diversos planes que tenía y que estaba a punto de concretar: instalar agua canalizada en la casa, acabar la construcción del anexo, hacer un baño con «azulejos» y cambiar de coche.

Las actitudes de Josué en relación a sus esposas y a los hijos son opuestas: ellos tienen que estudiar y ellas tienen que trabajar en la *machamba*. Trata a los niños con inmensa ternura, les lleva regalos y fue posible observar que les compra parte de la ropa que visten y, a veces, lleva a los más pequeños a pasear en automóvil. Sin embargo, sus mujeres sólo van en su automóvil por necesidad y la mayor, natural de Chibuto y residente en Polana Caniço A desde los 12 años, afirmó: «Nunca voy a pasear al centro de Maputo, [...] no conozco, sólo salgo para ir a la *machamba*».

Las mujeres de Josué contradijeron algunas de las afirmaciones de este, sobre todo en relación a la educación de los hijos. Afirmaron que él nunca estaba en casa y no podía saber lo que hacían los hijos. Dijeron que ellas iban a las reuniones en la escuela y que acompañaban las actividades escolares de los hijos. Josué tiene una opinión contraria sobre este asunto, que expresa de la siguiente forma: «En la educación de los niños, puedo decir que yo ocupé el lugar de las propias madres, porque las madres no están siempre en casa. Quien se queda siempre con los niños soy yo. Digo: 'Mira, esto no se hace porque es feo, no se puede, está prohibido, esto está bien'. Yo siempre exijo de los niños. Y a los niños les gusta mucho más el padre que las madres, porque no siempre están con ellas.»

Por lo que se pudo observar, esto no ocurre así. Pero es revelador que, a nivel del discurso, Josué exprese esa intensidad de relación con sus hijos. Finalmente, y de acuerdo con las costumbres tsongas, ellos «son suyos» y no de las madres respectivas. Sea como que sea, las ausencias efectivas de Josué y o/la autonomía que de hecho las mujeres tienen en ese campo permiten que ellas alternen su tiempo entre la *machamba*, las responsabilidades domésticas, las incontables visitas que tienen que hacer a otros familiares y las frecuentes visitas a la iglesia para rezar o participar en las diferentes actividades que allí se organizan.

Cuando las mujeres fueron cuestionadas sobre el trabajo en la *machambas*, respondieron que les gustaba, pero cuando hablaron sobre el futuro de las hijas expresaron el deseo de que estas desarrollaran otro tipo de actividades. Una de las mujeres comentó sobre este asunto: «Deseaba que mis hijas tuvieran una vida mejor que la mía, en la vivencia, más condiciones, más dinero, gustaba que ellas tuvieran una profesión, [...] la cosa más importante es que la mujer gane dinero, ir al servicio en vez de estar en casa a cuidar de los niños [...] si tuviera que escoger [quién debía continuar estudiando], escogía al muchacho porque la niña después se casa y se va al hogar. El muchacho se queda con todos los encargos.»

En esta frase se observan las contradicciones existentes entre los modelos culturales que coexisten en este contexto. Estas contradicciones se manifiestan en el día a día, a través de la educación diferente que los hijos y las hijas reciben y que transmite, de forma compleja, prácticas, valores, ideales y representaciones que, aunque articulados a algunos niveles, no siempre son coherentes entre sí. De estas incoherencias, y contradicciones, resulta ciertamente una mayor libertad frente a las normas ancestrales. Puede igualmente resultar una interiorización diferente, por parte de los niños, de las relaciones de género y de los diferentes papeles que las mujeres y los hombres deben asumir. De la misma forma, y a medida que estas contradicciones se hacen cada vez más patentes –por ejemplo, a través del contacto con el exterior,¹⁴ considerado por las madres como factor estabilizador de los valores transmitidos en casa–, estos niños y estos jóvenes necesitan resolverlas internamente y tienen que ser capaces de proceder, por lo menos a algunos niveles, a algunas articulaciones, sin las cuales su vida se hace imposible.

Por estas diferentes y complejas vías se procesa la reproducción social: transmitiéndose contradicciones entre discursos y entre discursos y prácticas; demostrando, a través de ejemplos concretos, cotidianos y constantes, cuáles son los instrumentos y mecanismos que posibilitan las articulaciones y cuáles los que facultan las eventuales resoluciones de contradicciones, así como cuáles los necesarios para «evitar» enfrentamientos, con el fin de permitir la coexistencia relativamente pacífica de lógicas diferentes en las prácticas y en las estrategias de vida de cada uno. Y aquí, posiblemente, se privilegian los silencios y las omisiones. Las estrategias de supervivencia y reproducción social de esta familia articulan, a nivel interno –relaciones familiares– y externo –relación con el contexto social y el «mercado»–, patrones opuestos y complementarios. Internamente, las relaciones familiares se organizan de acuerdo con el modelo «tradicional» tsonga, aunque muchas de las prácticas lo contradigan.

Externamente, esta estructura familiar depende, en gran medida, de las actitudes «modernas» y «empresariales» del hombre de la familia frente al mercado donde ejerce su trabajo. Estas mismas actitudes son visibles en la forma cómo Josué gestiona los ingresos de que dispone. Todo es el resultado de una acumulación de experiencias que ha sabido aprovechar –desde que emigró a la ciudad recorrió un largo trecho– y de la forma cómo, efectivamente, gestiona las actividades que desarrolla. Tiene un comportamiento «profesional» y, como se observó, trabaja muchas horas, cumple horarios, respeta compromisos y demuestra seriedad. Esta postura le posibilita la obtención de ingresos vitales para el sostén –obviamente, dentro de los parámetros del contexto y ciertamente también con incontables dificultades– de la estructura familiar que mantiene. El hecho de poseer un automóvil constituye seguramente un capital. Le permite ejercer su profesión de manera independiente y le confiere, además de eso, otros ingresos, estatus, prestigio social y poder al nivel de la familia

y del barrio: hay vecinos que le solicitan favores, y el más señalado es la ayuda en el transporte de enfermos para el hospital; hay familiares que necesitan desplazarse y él pone a su «disposición» el transporte. La forma de pago de estos «favores» varía. Cuestionado sobre este asunto, Josué dijo que dependía, pues a veces solicitaba el pago de la gasolina, otras veces no: «Si veo que la persona no tiene...»

De la misma forma, Josué, al «mantener» a las mujeres en la *machamba*, las colocó bajo su dependencia directa, intentando, de esta forma, evitar conflictos y autonomías «femeninas». Josué desarrolla igualmente estrategias de poder frente a los miembros de la familia que no residen en su casa pero con los que mantiene estrechas relaciones de reciprocidad. Estas relaciones significan, de su parte, responsabilidades y obligaciones muy concretas y en las que gasta algunos de sus ingresos y energías. Del cumplimiento de esas obligaciones deriva, entre otras cosas, el prestigio que tiene en el seno de la familia: él es, de hecho, considerado, por todos, el jefe.

■ La familia de António

Cláudia, la mujer de António, reside en la casa que fue –y es? – de ambos, construida en mampostería, con cuatro dormitorios, sala de estar, electricidad, radio, congelador y cocina eléctrica. En la casa residen nueve personas: la mujer –o ex mujer de António–, dos hijos de ambos, una nieta y un sobrino adulto, de cerca de 30 años. Además, tienen dos habitaciones alquiladas: una, a una pareja con un bebé, y, otra, a un hombre soltero. Algunas veces se observó la presencia de grupos de hombres en el solar. Según dijeron, eran amigos, compañeros y familiares de los huéspedes o del sobrino. Como estos hombres conversaban frecuentemente con Cláudia, que les mostraba artículos que vendía, se supone que algunos «negociaban» con Cláudia. En esta familia la pareja está en conflicto y el marido –António– no reside con la mujer. Sin embargo, se continúa considerando «dueño» de la casa. Cláudia dijo que António no contribuía financieramente a los gastos domésticos, y este no la contradujo. Cláudia añadió: «Soy padre y madre, doy para vestir, doy de comer».

Las estrategias que Cláudia desarrolla para sobrevivir constituyen un buen ejemplo de la combinación de actividades generadoras de ingresos y productos. Y paso a describirlas: alquila habitaciones; alquila espacio del congelador; en verano, vende cervezas y refrescos en la casa –o en la valla del solar– y «fruta hielo» –helados– en el mercado; vende ropa, y fue posible ver, un día, en exposición, enormes vitrinas para la reventa; y posee –o poseía– una *machamba* en los alrededores de Maputo. Esta imprecisión, que se resalta en su discurso, se debe al hecho de que la *machamba* también es propiedad del marido; el proceso de separación que viven desató una serie de malentendidos y contradicciones en los discursos. Sin embargo,

varias veces, Cláudia estaba ausente y dijeron que había ido a la *machamba*. Cláudia señala: «Lo que saco es para comer. Pero nunca llega. No es una *machamba* como la de la tierra [...]; trabajo sola, los niños no quieren, pero ahora ya no tengo *machambas*». A veces alquila el espacio exterior de la casa junto a la valla del solar. Ese espacio, designado «sombra», tienen un precio (2 mil meticais por día o 100 mil al mes) y es identificado de la siguiente forma: «La mujer de la casa barre ese sitio». A veces, Cláudia utiliza ese espacio y ahí vende. En la fase final del trabajo de campo, encontró empleo como doméstica, tres veces por semana.

Además de los ingresos y productos provenientes de estas actividades, el presupuesto familiar se complementa, por lo menos, mediante los ingresos obtenidos por los otros miembros de la familia que residen en su casa y trabajan. El hijo de 17 años vende en el mercado –es empleado de un «dueño de puesto»– y el sobrino de treinta y pocos años trabaja, desde 1990, como guarda en una casa particular. Por gestión interna de rendimientos y por otros motivos, la mujer de este sobrino se fue a residir con la familia de él en la tierra de origen y, cada vez que él visita la familia trae de la tierra productos agrícolas que ayudan a reducir los gastos de consumo que tiene esta familia. Como se relató, la relación entre la tía y el sobrino no es pacífica: «Cuando mi marido se fue aunque, él [el sobrino] ya no hizo nada, a no ser mandar fuera a la mujer, para Inhambane, porque él no quiere pagar los gastos; incluso ahora que está aquí, yo soy el sustento porque él no da ni una *quinhenta* para comprar pan. A pesar de que dice que ayuda en los gastos, es mentira [...]. Sólo que para mí es muy difícil decir «salga, váyase»; si él llega, y nos encuentra comiendo, es difícil no darle comida. Pero si ya hemos comido, no le damos, porque él no pregunta dónde está la comida [...]. Sólo que mi hijo que vende en el mercado dijo, ‘madre, ya no le pregunte nada, deja, vamos a continuar lo que estábamos haciendo’, y entonces continuamos, sólo que él ya no da nada.

Las actividades a las que se dedica Cláudia variaron durante el tiempo. En 1999, vendía carbón y petróleo, era «machambeira» con el marido; posteriormente, vendió pescado y arroz e hizo pastelillos para vender. Cláudia añadió que «antes» ella y el marido criaban gallinas para vender, y también compraban carne de vaca en grandes cantidades, que congelaban y posteriormente revendían en porciones pequeñas. Cláudia, en un momento de su vida, trabajó durante seis meses como empleada, «pero los patrones fueron hacia sus tierras...» Cuando se le preguntó sobre las razones de estos cambios en los negocios, afirmó: «Siempre hice cuentas para saber si había negocio y contaba el tiempo que tardaba; por eso dejé de vender carbón, porque dedicaba mucho tiempo [...], no podía subir el precio, tenía que ser universal, igual que el de otros vendedores.»

En una casa donde conviven varias familias en un mismo espacio, la gestión de los trabajos domésticos no constituye una tarea simple. Cláudia describió el proceso de

la siguiente forma: «Yo hago mi comida, los huéspedes hacen la de ellos. Los niños [hijo y nieta] van a recoger agua, a la casa de una persona [...], hacen turno; un día va uno, otro día va otro [...], pago por día [...]. Si tengo dinero, voy yo para llenar el depósito de 200 litros. Esta agua no es para los huéspedes, sólo es para mi familia; las mujeres de ellos van a buscar el agua. [...] Pedro [hijo pequeño, de 11 años] cocina cuando yo no estoy. Si estoy, cocino yo. Cada día hago una vez té con pan y ensalada y cena [...], depende del dinero, si tengo, compro pescado o carne; si no, comemos legumbres. Sólo compro al mes maíz y arroz; el resto lo compro poco a poco y ahí gasto por día quince o diez *contos*. [...] Compro carbón.»

La casa donde Cláudia reside pertenece a ella y al marido, y ambos están de acuerdo sobre eso. Él aún considera que es el «jefe de *quarteirão*» de la zona donde se sitúa esta casa, cargo que ejerce hace algunos años, pero comenta que ese cargo actualmente «ya no funciona». Residen en ese terreno desde 1970, pero no poseen ningún documento. António comentó a propósito del asunto: «Yo no sé como tratar lo del título, la zona no está parcelada.» Recibieron la parcela gratuitamente porque la casa donde residían anteriormente fue demolida cuando abrieron una carretera en el barrio. El proceso de edificación de la casa actual fue largo e implicó inversiones: primero, construyeron una casa de *caniço* con una habitación y una sala y, en 1980, comenzaron a construir con bloques de cemento y colocaron un tejado de zinc. En aquel momento edificaron tres habitaciones y una sala. Por fin, cuando nació el último hijo, hicieron más grande la habitación y construyeron otro cuarto.

Durante esa época, António trabajaba en Pescom, empresa en que estuvo 18 años. El salario que obtenía en Pescom, con los eventuales «regalos» que recibía por ser jefe de *quarteirão*, más los productos de la *machamba* y el dinero procedente de los «negocios» que él y la mujer realizaban, les permitieron una vida relativamente desahogada, testificada por la dimensión de la habitación y por el número de electrodomésticos. Posteriormente, según refieren, la situación de ambos empeoró. António afirmó: «Todo cambió, y bien, ahora estoy así, peor, apenas comemos». António fue despedido, salió de casa –o ella lo echó–, trabaja como guardia nocturno en una casa particular y continúa cultivando la *machamba*. Cláudia se considera muy pobre y añade: «Mi infancia fue de sufrimiento, hasta hoy parece un destino [...], tengo mucha preocupación, muchos hijos, nietos y tengo hijos que no vuelven de Sudáfrica. Estoy adelgazando, pensamiento de marido.»

El análisis de la situación de esta familia y del proceso que atraviesan se hizo más compleja en virtud de los conflictos existentes entre los diferentes miembros. Estos conflictos originan versiones contradictorias de los mismos acontecimientos, pero, sin embargo, el análisis de estas mismas contradicciones permite la detección de diferentes lógicas, intereses y afectos y, al mismo tiempo, posibilita que sean visibles las articulaciones entre prácticas distinguidas. De hecho, todos los miembros de la

familia contribuyen –parcial y o/irregularmente– al presupuesto común. Según Cláudia, el marido, cuando va a la casa, comparte con ellos las comidas; Cláudia cocina para el sobrino y este dice que contribuye para los gastos domésticos. Parte del presupuesto de esta familia procede de los ingresos del alquiler de las habitaciones construidas por Cláudia y António. En esas habitaciones, ambos invirtieron gran parte de los ingresos que obtuvieron durante su vida en común.

A través de este análisis, puede verificarse, igualmente, el carácter esencialmente dinámico y multidimensional que tienen los estatutos de los diferentes miembros de la familia. Por ejemplo, el marido –António– es «formalmente» el jefe de la casa, por lo menos así se autorrepresenta, y es así que lo designan los hijos que ahí residen, los huéspedes y algunos vecinos. Sin embargo, él mismo, los hijos y los otros tienen conciencia de que ese estatuto fue vaciado de sus funciones y del poder que normalmente le están asociados. De la misma forma, el sobrino, hijo de un hermano mayor de António, fallecido, dijo, en una primera conversación, que era el «jefe»: «No por yo ser el hijo mayor, sino porque los otros se quedan allá muy lejos y quien está en casa soy yo». Posteriormente, destacó que allí, en aquella casa, era «contado como hijo» y por último añadió: «Aquí sólo estoy de pasada, mi *munti* está en Massinga y voy allá cada dos meses, sólo que esta vez llevo casi cinco meses sin ir». Sin embargo, la persona responsable del sostén de la familia y que tiene, como se constató, poder sobre la casa y la mayoría de los familiares que ahí residen es la mujer.

La responsabilidad que tiene esta mujer porque ha de sostener a la familia no constituye, como ya se señaló, algo innovador. «Tradicionalmente», las mujeres cultivan en las *machambas* los alimentos que constituyen la base de la alimentación de sus familias, y muchas continúan en el medio urbano desarrollando actividades que les permiten desempeñar esa función. Sin embargo, esta responsabilidad femenina, en el medio urbano o el rural, no desafía la supremacía de la representación del poder familiar, que constituye una atribución masculina: los jefes de familia son hombres y el trabajo que desarrollan tiene un valor simbólico muy diferente de las actividades que las mujeres realizan, independientemente del dinero con que cada uno contribuya al presupuesto familiar.

En el caso de la familia de António, que se ha analizado, el hecho de que la mujer viva sin el marido y haya asumido frente a este una posición de «fuerza» alteró, parcialmente, la representación de los estatutos de cada uno: ella no se limita a desempeñar el papel de esposa. Asumió, de forma ambigua las funciones de jefe «de familia», y ese poder es contrarrestado por la presencia del sobrino. Así, Cláudia tiene un poder efectivo, sobre los hijos menores, la casa, y los negocios que gestiona, y el reconocimiento social de ese poder se comprueba a través de la forma como es presentado en los discursos/representaciones de los otros: el marido, los huéspedes y los vecinos se refirieron a ella como alguien que «dicta leyes», inspira algún te-

mor y desconfianza –de ahí las connotaciones negativas/¿hechicería?– y constituye, por eso y de cierta forma, una amenaza a la norma social.

De la misma forma, en el discurso de Cláudia también es visible una cierta ambigüedad: tanto se (re)presenta en el papel de «víctima» como, implícitamente, en sus palabras, expresa el poder que tiene. En este último caso, no reconoce que aumentó su poder de mujer. Por el contrario, considera que tiene poderes, que en su esencia son masculinos: no es más poderosa por ser mujer, sino porque concentra en sí funciones simultáneamente femeninas y masculinas. Por esta razón, todas las mujeres contactadas y que, por una razón u otra, habían aumentado su poder e independencia frente a lo habitual, se refirieron a sí mismas como seres dobles, y la frase usual que traducía esa duplicidad era: «Yo soy –o fui– padre y madre».

Concluyendo, los diferentes estatutos de los miembros de una familia, las relaciones de poder que se crean y desarrollan, los conflictos, las negociaciones y la cooperación existente dependen de las relaciones familiares bidimensionales, en que los intereses y afectos son simultáneamente expresados, sea de los diferentes recursos disponibles en la familia y sus miembros individualmente, sea de un conjunto plural de normas culturales y sociales en las que esa familia se reconoce y a través de las que se constituye. De la multiplicidad de normas culturales presentes en el contexto de este análisis, y del hecho de que ninguna de estas sea «pura», pero sí resultante de sincretismos y de múltiples influencias, resulta la posibilidad de la coexistencia de diferentes pero no ilimitadas interpretaciones y manipulaciones de esas mismas normas.

En las familias estudiadas, el poder que los diferentes miembros de la familia tienen sobre los ingresos que obtienen y sobre la gestión y redistribución de los ingresos alcanzados por los otros miembros depende de las diferentes interpretaciones que los sujetos hacen de las normas culturales que constituyen su cuadro de referencias en el contexto social en análisis y de las relaciones existentes entre los diferentes miembros de una determinada familia. En estas relaciones se articulan de forma dinámica afectos y conflictos, negociaciones y cooperaciones, y se expresan intereses individuales y colectivos, egoísmos y altruismos. «La cuestión está en encontrar una forma de reconocer que la cooperación y el conflicto coexisten en la vida familiar –en grados que varían grandemente– y que los individuos tienen intereses competitivos y un interés común –aunque desigual– en el bienestar de la casa. Además, cuando el modelo del sistema de *bargain* es llevado demasiado lejos, se olvida que no todas las decisiones son blanco de ese proceso, ya que muchas son tomadas con base en interpretaciones sobre lo que es natural y evidente» (Agarwal 1992: 104), y se pierde de vista aquello que Folbre llamó el «altruismo, que es una de las características definidoras de la vida familiar.» (1986: 251) (Creighton y Omari, 1995: 5).

1. Bénard da Costa 2003; Oppenheimer 2003.
2. Sobre la evolución del concepto de pobreza, ver Oppenheimer y Raposo (2002: 43-45).
3. Fueron entrevistadas 81 familias y preguntadas otras 1.000. Fue realizado un trabajo de campo más profundo, utilizando la metodología de observación participante y de historias de vida e historias de familia, con seis familias del barrio de Polana Caniço A.
4. Destacan los estudios realizados en los ámbitos de los programas Poverty Strategies Initiative (PSI), de las Naciones Unidas (c.f. González de la Rocha y Grinspun 2001), Poverty Reduction Strategy, del Banco Mundial (cf. World Bank 1998 y 1999), y otros estudios realizados al margen de estas instituciones (cf. Livi-Bacci y Santis 1998, Oppenheimer 2002, Sahn y Younger 2004).
5. La articulación de fuentes de rendimiento diversificadas no es exclusiva de las estrategias de las familias de la periferia de Maputo, ni de las familias que residen en medios urbanos o rurales del África subsahariana u otras regiones llamadas en «vías de desarrollo» (cf. Creed 2000) o incluso «desarrolladas» (cf. Barlett 1993, Lima 1992). Creed relaciona el desarrollo de esta estrategia no sólo con situaciones de crisis económica, sino también con la flexibilidad de la economía global (2000: 9).
6. Existe una extensa bibliografía sobre este asunto. Ver, por ejemplo, Hugon 1980a, 1980b y 1999, Roberts 1994, Lautier, Miras y Morice 1991, Lautier 1991, 1994 e 1995, Grassi 2003.
7. El campo semántico al que se refiere este término, en Mozambique es muchas veces evocado por la palabra «desenrascar», aunque esta tenga en ese país un significado mucho más fuerte que tiene el término *bargain* en inglés.
8. La necesidad de considerar las diferentes formas de trabajo posibles en el análisis de las estrategias de supervivencia y reproducción social ha sido destacada por varios autores (cf. Rodrigues 2004, Trefon 2002, Grassi 2003).
9. La importancia de la actividad agrícola desarrollada por mujeres en medios urbanos mozambiqueños fue plenamente demostrada por Kathleen Sheldon (cf. 1999).
10. La inseguridad se atenúa desde hace más de 100 años por las actividades complementarias desarrolladas en Suráfrica y en contextos urbanos. Sin embargo, en la memoria de muchas personas está el hambre provocada por años de sequía o de inundaciones.
11. Josué, sobre este cuestión, dice lo siguiente: «No puede faltar *confusão*, sólo [...] que no llega a mis oídos. Siempre ha habido *confusão* [...]. Había otra que pensaba abandonar, volver a la casa de los padres porque ya no entendía, pero no fue. [...] las personas son un poco traicioneras [...]. Y digo que son traicioneras porque ya vi muchos casos de este tipo.»
12. Josué: «Cada día doy 70 *contos* a las mujeres [...] En esos 70 *contos* cuento con todo: caril, agua, carbón, menos el jabón. Entonces, cuando no tengo arroz, no hay maíz, no tengo nada, dejo siempre 70.000 por día. Ahora, si tuviera la comida, dejo 50. Entonces, 50, ya están reclamando. Sólo que, bien, el dinero nunca alcanza.»
13. La hija mayor de Josué suspendió y, por ser repetidora y tener 17 años, sólo podía frecuentar la enseñanza nocturna. El padre no lo permitió porque consideraba peligroso que andara por la calle tan tarde.
14. Las casas de los barrios de la periferia no constituyen espacios cerrados y la socialización de los niños supera los límites de la familia. Los niños juegan en la calle, entran en las casas de los vecinos, van a la escuela, visitan a familiares por temporadas... Esta circulación continua aumenta durante la juventud. La

disponibilidad de los jóvenes los convierte en elementos preferenciales de vinculación entre los diferentes núcleos familiares. Además, como en cualquier parte del mundo, tienen muchos amigos.

BIBLIOGRAFÍA

- BENARD DA COSTA, A., 2003, *Estratégias de sobrevivência e reprodução social de famílias na periferia de Maputo*. Tesis de Doctorado en Estudios Africanos interdisciplinares en Ciencias Sociales, Lisboa: Instituto Superior de Ciências do Trabalho e da Empresa (ISCTE), policopiado.
- GONZALEZ DE LA ROCHA, M.; GRINSPUN, A., 2001, «Private Adjustments: Households, Crises and Work» en GRINSPUN, A., *Choices for the Poor: Lessons from National Poverty Strategies*, UNDP, 2001.
- GRINSPUN, A., 2001, *Choices for the Poor: Lessons from National Poverty Strategies*, UNDP.
- LIVI-BACCI, M. & G. DE SANTIS (eds), 1998, *Population and Poverty in the Developing World*, Oxford: Clarendon Press.
- OPPENHEIMER, J.; RAPOSO, I., 2002, *A Pobreza em Maputo*, Lisboa: Ministério do Trabalho e da Solidariedade, Departamento de Cooperação.
- OPPENHEIMER, J.; y otros, 2003, *Urbanização Acelerada em Luanda e Maputo: Impacto da Guerra e das Transformações Sócio-económicas (Décadas de 80 e 90)*, Centro de Estudos sobre África e do Desenvolvimento, Instituto Superior de Economia e Gestão, Universidade Técnica de Lisboa, Fundação Para a Ciência e Tecnologia. Relatório final, policopiado.
- SAHN, David E. and Stephen D. YOUNGER 2004, «Growth and Poverty Reduction in Sub-Saharan Africa: Macroeconomic Adjustment and Beyond» en *Journal of African Economies*, Volumen 13, Número 90001, i66-i95.
- TREFON, Theodore (2002), «The Political Economy of Sacrifice: Kinship and the State», Lisboa: Centro de Estudos Africanos, Instituto Superior de Ciências do Trabalho e da Empresa, comunicación presentada en el Seminario Internacional «Dinâmicas Políticas na África Contemporânea» (policopiado).
- WORLD BANK, 1998, «Nutritional Status and Poverty in Sub-Saharan Africa» en *Findings Africa Region* nº 108, Abril, Washington DC: World Bank.
- WORLD BANK, 1999a, «Global Synthesis: Consultations with the Poor», draft for discussion, Poverty Group, World Bank, Washington.